

revuelve contra la poesía llamándola linterna encendida enfrente del sol; y quiere que tenga el hombre la fé que Robinson en sus derechos, en sus fuerzas, en su imperio sobre la naturaleza.

El reformador que personifica esta grande revolución pedagógica indudablemente con más títulos es el inmortal Pestalozzi. Fichte, en su Discurso á la Nación Alemana, ofrecía como escuela regeneradora de su raza la escuela de este santo. Y en efecto, nadie como él ha distinguido las facultades intelectuales que en cada edad predominan, ni ha visto el camino más corto para llegar á estas facultades, y acrecentarlas en ejercicios diarios, y esclarecerlas con los raudales de la ciencia. Efectivamente, si cuando el sentimiento predomina en el hombre porque su edad lo une á la naturaleza y al hogar, educais la inteligencia; si cuando predomina, como en la juventud, la fantasía porque el hervor de la sangre y la inquietud del espíritu le llevan á las pasiones y á los combates, en oposicion casi con todo cuanto le cerca, pues necesita crearse su mundo propio, si en esta edad crítica educais, por ejemplo, la razon; y cuando llega la edad de la razon, y con ella los frutos muchas veces amargos de la vida, y se han secado las flores, y se han caido las mariposas que sobre las flores revoloteaban, os empeñais en educar sentimiento é imaginacion, hareis del hombre un ser artificioso, sin lograr el someter y amoldar á vuestra educacion lo más inaccesible, lo más indócil, su recóndita naturaleza. Como los frutos pasan por la semilla, por el gérmen, por la flor, pasan las ideas por las sensaciones, por las nociones, antes de llegar á su incondicionalidad absoluta. Y educando en el niño al niño y no al hombre, las facultades del niño, con símbolos á su alcance, con narraciones que le recreen y le deleiten, depositareis en su alma individual con seguridad, con certeza, los gérmenes de un alma universal, de un alma humana.

¿Quién educa verdaderamente al niño en la

humanidad? ¿Quién tiene ese divino ministerio? La madre. Ella es la profetisa que preye la vida por venir, y la Sibila que sondea los misterios del espíritu, y la Musa que lleva al corazón las inspiraciones humanas, y la Maga que llena de leyendas piadosas y suaves toda nuestra fantasía, y la Sacerdotisa que levanta la conciencia á las regiones de lo infinito: desde el momento en que siente su hijo en las entrañas parece como que el espíritu y la naturaleza se revelan á su mente para ayudarla en su divino ministerio; y así apropia todas las ideas á la inteligencia del niño, de la misma suerte que el ave cincela todos los agrestes objetos cogidos en su pico para formar el blando nido de sus amados hijuelos. Sabe la madre instintivamente la higiene con que ha de preservar á su hijo de las inclemencias del mundo, la medicina con que ha de curarlo en sus continuas enfermedades, la moral con que ha de sostenerlo en sus futuros combates, la literatura con que ha de embellecer sus dias y con que ha de calmar sus tempestades, la religion que ha de convertirle en sér superior á los demás séres de la naturaleza y ha de abismarle en el seno de lo infinito; cuanto necesita el pequeñuelo en sus primeros años lo lleva su madre en la inteligencia como lleva en los pechos su único alimento. Hagamos de la escuela una madre. Hé ahí el pensamiento de Pestalozzi.

Un hombre así no podia nacer, no podia educarse, no podia vivir sino en el seno de una República. Las ciudades republicanas son las ciudades que han contribuido en mayor grado á la educacion del género humano. Volvemos con los ojos del alma á todos los tiempos de la historia, y encontrareis que el género humano ha sido formado por esas ciudades. Cada una de ellas trae su tesoro á las riquezas comunes de la humanidad: Atenas sus estatuas; Roma sus leyes; Florencia las artes del Renacimiento; Génova la letra de cambio para el comercio; Venecia la brújula; Pisa la ley del péndulo; Strasburgo la impren-

ta; todas ellas la idea. Y así es que los pueblos modernos jamás llegaran á su perfecto desarrollo si no hubiera, como granos de sal, derramado la Providencia esas pequeñas repúblicas en su seno. Todo el movimiento intelectual de Francia en el siglo décimo-sexto se pierde si no hubiera cerca una Ginebra capaz de acoger á Calvino. Quizá la Inglaterra vuelve á ser presa de la reaccion católica, feudo de los empedernidos Estuardos, si no está cerca Holanda para crear y educar á los Oranges. Y en la vida intelectual de Alemania han ejercido poderoso influjo las republicanas ciudades de Suiza y entre todas Zurich. Allí habitaron Schelling y Fichte; allí escribieron Klopstock y Gessner; allí formó una especie de centro intelectual, de foco donde convergían muchos rayos de luz el teólogo, el físico, el republicano Lavater; allí se educó Pestalozzi.

Mas su primera escuela fué fundada en las riberas del lago de los cuatro cantones. Aquella hermosa maravilla tiene á nuestros ojos ese esplendor más en sus horizontes y esa santidad más en sus recuerdos. Una vez visto no se le olvida jamás. Al extremo Norte, Lucerna con sus torres góticas, con sus pintados puentes, entre los cuales precipita el Saar sus verdes y espumosas aguas; á un lado el Pilatos, ágrío, abrupto, sembrado de abismos como si en su aridez solo engendrara tempestades; enfrente del Pilatos el Righi, apacible, tranquilo, sembrado de florestas, de quintas, como una montaña italiana cantada por Horacio ó por Virgilio; entre estos dos montes, como un anfiteatro de diamantes gigantescos, la cordillera del Oberland que refleja y repite en los cristales de sus nieves eternas la luz del día; y, en todo el fondo, el lago, vário, lleno de ensenadas, de puertos, de aldeas, que se tienden entre las verdes praderas y los bosques de alpestrés pinos: espectáculo maravilloso, indescriptible, como acaso no hay otro semejante en el planeta, pues difícilmente se encuentran á

tan corta distancia contrastes tan grandes, ni en tan breve espacio se reunen y se conciertan de manera tan plástica lo hermoso y lo sublime. Y cuando impelido por sus vientos, surcando perezosamente la celeste superficie de sus aguas, oís la esquila del ganado confundida con el cántico del pastor y el grito del navegante con el eco de la campana, la imaginacion os trasporta á los tiempos en que aquellos campesinos y aquellos barqueros juraron, como inspirados por tanta grandeza, fundar la independencia, la democracia, la república, y las fundaron dirigidos por Guillermo Tell, más vivo aún que todos aquellos séres, más grande aún que todos aquellos Alpes, más poético aún que todo aquel incomparable lago, porque su mano ha puesto allí sobre los milagros de la naturaleza los milagros todavía mayores de la libertad.

Por aquellos sitios tan hermosos pasó la guerra en 1798, y dejó la desolacion, y todos sus horrores. Era el mes de Setiembre, y los franceses querian imponer una Constitucion unitaria, que aquellas federales regiones rechazaban completamente. Resistencia incontrastable se organizó. Los campesinos salieron á defender sus libertades y sus hogares como defienden las águilas alpestrés sus nidos y sus polluelos; pero los franceses fueron implacables. Una cuarta parte de los salidos á cerrarles el paso quedó muerta en los campos. Los otros huyeron y se dispersaron por las selvas. Entre los cadáveres se encontraron doscientas mujeres y veinticinco niños. La Iglesia fué violada, sus altares ensangrentados, su bóveda henchida por disparos de fusilería; sesenta y cinco fieles que se habian refugiado allí, ó por no poder llevar las armas ó por pedir á Dios la salvacion de su patria, fueron bárbaramente inmolados sin exceptuar ninguno. El sacerdote que decia misa cayó de un tiro al pié de su ara y de su cáliz. Toda la ciudad fué saqueada, y quinientas ochenta casas de sus alrededores reducidas á cenizas.

En medio de esta desolacion, por el mes de Octubre, quince dias despues de la catástrofe, apareció Pestalozzi entre aquellas humeantes ruinas. Su corazon llevaba aún mayores tristezas que el suelo hollado por sus plantas. Y en verdad el estado de aquellas regiones no podia ser más triste: aldeas arrancadas de cuajo como si por ellas hubiera pasado Atila; bosques de vívidos árboles trasformados en bosques de calcinados palos; las granjas, las casas de labor completamente destrozadas; los ganados, los animales domésticos ó consumidos ó dispersos; la soledad por todas partes, pues los habitantes habian huido de aquel suelo de maldiciones; las iglesias saqueadas y violadas; los cadáveres todavía en el campo, insepultos y podridos, llamando sobre sus restos las aves de rapiña. Allí, en uno de aquellos edificios, medio destruidos, ahumados, sin puertas, sin cristales, con manchas todavía de sangre, reunió Pestalozzi los niños hambrientos, pálidos, enfermos, llenos de llagas, tiritando en su desnudez de frio y en su desgracia de miedo. Pero aquel santo era como Jesús: se gozaba en rodearse de los niños, en contemplar sus ojos serenos, en beber su inocente sonrisa, en adivinar el hombre futuro que se encierra tras de aquel cuerpecito y el futuro mundo que ha de crear este hombre, como una madre, con sus ternezas, con sus inquietudes, con sus adivinaciones, todo para la infancia, todo para la inocencia.

Italiano de raza, tenia su alma los contrastes del suelo italiano en los Alpes, donde el Norte, con sus helechos, se mezcla al azahar del Mediodia; donde florece el almendro á vista de la nieve; aleman por su lengua, por su cultura intelectual, por la ciudad donde se habia criado, Zurich, esencialmente alemana; republicano por su nacimiento y por sus convicciones; revolucionario ó reformador, siempre en guerra con los privilegios de las aristocracias y en adoracion siempre ante el humano principio de igualdad, criado por una

madre amorosísima que le guardaba durante toda la infancia á su lado, y que le infundia parte de su alma de mujer con todas sus delicadezas; casado en edad temprana con una heredera á quien arruinó en obras de caridad y beneficencia; sostenido algun tiempo en sus apuros por dos viejas criadas de la casa paterna que le profesaban afecto maternal, fbase aquel redentor de pueblo en pueblo, buscando á los ignorantes y á los pobres para ilustrarlos y para mantenerlos; adoptando á los huérfanos; tendiendo la mano, si era necesario, para pedir limosna con que satisfacer á los hambrientos; filósofo de accion, poeta de la vida, tribuno de la infancia; hijo divino é inmortal de la naturaleza. Su libro estaba en el Universo: ninguna letra de imprenta se puede comparar con una estrella de oro; ningun poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede compararse con el poema de los Alpes, cuando los dora en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosáceo reflejo del vespertino crepúsculo: ningun libro, ninguno hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana: ninguna poesia es tan bella y tan tierna como la poesia del corazon en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen, por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, previsora como la Providencia, santa como la Iglesia; separarlos de toda artificiosa revelacion que no provenga, primero de la conciencia, despues del Universo; matar en ellos los sentimientos de privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho espacio á cada vocacion individual, para que realice libremente su destino; obligar á unos á que sean maestros de otros, y á todos á que mutuamente se envíen sus ideas, como los astros se envían mutuamente á través de la inmensidad sus rayos de luz; constreñirlos en la primavera y en el estío á que trabajen los campos, á que cultiven las plantas, á que siembren las flores, á que cosechen los frutos, y en el invierno á que

entren dentro del taller, y abracen, y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores, y comprendan todas las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en coro, para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto á la libertad y á la pátria; convocarlos, para que con el barro del jardin ó con las tablitas recortadas en sus juegos, formen de relieves, primero la escuela, despues la aldea, despues el canton, y luego la pátria, la Europa, el Mundo; darles nocion del número, de las denominaciones, todo por símbolos, todo por apólogos, hasta que las almas en su madurez puedan definir y clasificar las ideas; recordarles que viven dentro de la naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla, y bajo la mano de Dios para imitarlo y repetirlo en sus obras; intentar todo esto, hacer todo esto, cumplir todo esto, sin más móvil que el bien, ni más fin que la justicia, ni más esperanza que la satisfaccion de la conciencia, y acaso una palabra en la historia; trasfigurarse de esta suerte, y trasfigurar á cuantos les rodeaban, era crear con la palabra el germen de un Nuevo Mundo social, que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad agradecida.

Como todos los hombres extraordinarios, fué víctima tambien de extraordinarias desgracias. Los católicos le perseguian en sus cantones por su origen protestante; los protestantes le achacaban olvido de todo culto; los hombres ilustres desconocian toda la verdad de aquella ciencia sencilla; sus mismos discípulos como á Jesús le fueron ingratos; la reaccion piadosa que bajo el imperio y en los comienzos de este extraño siglo décimo-nono

se inaugura, le cerca, le asedia, le asfixia. El gran Michelet ha contado en su estilo inimitable, los últimos dias de este génio. No pudiendo ya soportar las tiranías de lo artificioso, las combinaciones de la reaccion teocrática, la enemiga de la infame hipocresía, se fué de su último establecimiento de Iverdun á las montañas del Jura, á vivir en la inmensidad, solo con su conciencia, con Dios y con la naturaleza, con esta trinidad misteriosa, á la cual habia ofrecido el holocausto de toda su existencia. Un dia, teniendo más de ochenta años, bajó á una escuela, fundada segun su ideal y su método; los niños de ambos sexos que debian un alma nueva á la idea de este varon justo, salieron á recibirle entonando melodiosos coros y pidiéndole su santa bendicion. Uno de ellos se adelantó á ofrecerle sencillísima corona de encina: «Para mí no, dijo; coronad con ella la inocencia, lo único que hay santo sobre la tierra.» No, no es verdad. Hay algo más santo que la inocencia, como hay algo más grande y más santo que el Paraiso acá en la tierra. Es más santo el varon que ha conocido todas las seducciones de la vida y las ha despreciado para consagrarse al cultivo de la humanidad; que ha hecho de la verdad su religion, de la caridad su amor, de la justicia su esposa inseparable, de los desvalidos, de los desgraciados, de los oprimidos el objeto único de sus pensamientos y de sus afanes. Eso es lo santo, eso es lo eterno, eso es lo divino en la Historia. Los hombres que proceden así sufrirán en la vida, sufrirán en la muerte; pero sufrirán porque la Providencia quiere que se parezcan á sus génios hermanos en la sucesion de los siglos, que se parezcan á los mártires y á los redentores.